

Notas históricas sobre la Arqueología en las Antillas

Marcio VELAZ MAGGIOLO
(Universidad Autónoma de Santo Domingo)

La historia de la arqueología de las Antillas es reciente; científicamente hablando, las primeras aproximaciones corresponden al último cuarto del siglo XIX. Antes, las referencias a restos arqueológicos en el ámbito antillano se presentan en documentos coloniales, en algunos informes de tipo general enviados desde las colonias a las metrópolis, en libros de viajeros que hacen referencia no sólo a restos de tipo arqueológico en las islas, sino a residuos de poblaciones indígenas, como acontece con J. Du Tertre (*Histoire Generale des isles de Saint Christophe, de la Guadeloupe, de la Martinique et autres dans l'Amerique*, 1654), o bien con obras como la de P. Labat (*Nouveau voyage aux isles de l'Amerique*, 1772).

Los cronistas de Indias (fray Bartolomé de Las Casas, Hernando Colón, Diego Méndez, Gonzaló Fernández de Oviedo y otros) proporcionaron información etnológica variada sobre los pobladores antillanos y describieron algunos de sus artefactos, lo que ha permitido, por el método comparativo, reconstruir en parte algunas de las funciones y utilidades de objetos arqueológicos en el área. Desde el punto de vista de las creencias y para la identificación de ciertos dioses, la *Relación de los Indios de la isla Española*, inserta en la *Biografía de Colón*, escrita por Hernando Colón y obra del ermitaño español fray Román Pané, ha sido de enorme utilidad.

Sin embargo, las Antillas sufrieron, cada una en su devenir histórico, diversos procesos culturales. En Santo Domingo, la primera antilla colonizada, se implantaron sistemas coloniales que ya en el siglo XVII estaban, se habían estabilizado: la plantación y el hato ganadero. En Cuba acontecía lo mismo, y en las antillas próximas (Guadalupe, Martinica, Dominica y Trinidad, por ejemplo) la planta-

ción y la llegada de colonizadores franceses, ingleses y de otras nacionalidades europeas, contribuyó al desinterés por lo que pudieran haber sido las poblaciones iniciales aborígenes de las Antillas.

No fue sino hasta entrado el siglo XIX cuando apareció como algo definido en las Antillas el coleccionismo. Respondía el mismo al desarrollo y al interés que en la Europa de entonces había logrado el estudio de la arqueología y la prehistoria. Así, en las colonias, los propios dueños de plantación y los hacendados con relaciones metropolitanas comenzaron, a manera de entretenimiento, a retener artefactos y restos precolombinos, porque aquello acrecentaba en parte su prestigio social, y porque no era otra cosa que la repetición antillana de una «costumbre» europea.

En Cuba —que no alcanzó su independencia de España sino hasta finales del siglo XIX—, Felipe Poey se dedica, por así decirlo, al estudio sistemático de los restos arqueológicos con su trabajo titulado *Cuban Antiquities. A Brief Description of Some Relics Found in the Island of Cuba* (1853). Como uno de los precursores de la arqueología antillana, Poey desarrolló su mayor actividad entre 1850 y 1853. El informe de Poey, junto a uno realizado por Robert Shomburgk para la República Dominicana en 1851, puede considerarse como un importante paso hacia una arqueología científica en el ámbito antillano.

Shomburgk, quien fungía como cónsul inglés en la República Dominicana y quien había realizado investigaciones etnológicas en el Orinoco (1841), realizó un informe en inglés sobre la aparición del llamado «Corral de los Indios», en San Juan de la Maguana, República Dominicana, haciendo descripciones y levantando planos de la plaza circular de origen arawak considerada la plaza indígena más grande de las Antillas. El informe de Robert Shomburgk data de 1851 y se inscribe con el de Poey entre los primeros científicamente logrados en el área.

Hacia los años 50, también el investigador español Miguel Rodríguez Ferrer comenzó a interesarse por los restos arqueológicos. Su labor se restringe a la isla de Cuba, y sus resultados no vieron la luz sino hasta 1876. Rodríguez Ferrer fue un cuidadoso en el registro de los datos de campo. Gracias a Rodríguez Ferrer y a sus hallazgos pudo hacerse el primer reconocimiento de restos humanos aborígenes (antropología física) en el área antillana. Estos restos humanos fueron localizados en 1847 en Hacienda Bermeja, Cuba y estudiados en el Gabinete de Historia Natural de Madrid, sin que se produjera nunca el informe final.

Habría que decir que junto a los informes de Poey, Shomburgk y los trabajos de Rodríguez Ferrer, apegados a la investigación científica, es importante agregar lo que fue el primer informe sobre antropología física hecho en las Antillas. Se trata del realizado por el investigador francés Louis Alphonse Pinart, para restos humanos

encontrados en la bahía de Samaná, República Dominicana. Es el primer documento de carácter oficial que se conoce sobre arqueología de las Antillas, puesto que Pinart (1881) trabajó por una petición del gobierno dominicano, y sus datos fueron publicados en la *Gaceta Oficial*, número 366, en Santo Domingo.

A estos informes, que son el paso inicial de la arqueología científica, en las Antillas Mayores, básicamente, hay que ir agregando, además, obras generales sobre las Antillas Menores que tomaban en cuenta ya en el siglo XIX los restos arqueológicos. En las antillas de habla francesa o de origen francés, el coleccionismo alcanzó gran auge. Las dos tendencias: coleccionismo e investigación habrían de seguir caminos similares y unidos muchas veces. El coleccionismo llegó, pues, a dominar a los investigadores antillanos, que no concibieron, en el ámbito local, la investigación sin una posesión de las piezas.

Mientras Enrique Dumont (1876) publica su *Investigación Acerca de las Antigüedades de la isla de Puerto Rico*, las colecciones arqueológicas han crecido. Ya en los finales del siglo XIX eran importantes la colección Latimer y la Guesde, la primera contentiva de piezas de Puerto Rico, y la segunda poseedora de piezas de las Antillas Menores.

En Santo Domingo, a finales del XIX, eran importantes las colecciones del arzobispo Fernando A. de Meriño, Alejandro Llenas y R. Imbert, las que servirán para la investigación y las conclusiones, junto a las antes mencionadas, de investigadores de principios del siglo XX, principalmente de Jesse W. Fewkes, de la Smithsonian Institution.

A finales del siglo XIX, obras como *History of the Origin, Customs Religion, Wars and Travels of the Caribs Savages of the Antilles in America*, de De la Borde, constituyen un primer intento de interpretación étnica, en donde se toman en cuenta algunos aspectos arqueológicos. Ling Roth publica, en Londres (1887), un interesante trabajo sobre los aborígenes de la isla de Santo Domingo. El investigador puertorriqueño Agustín Sthal publica, en 1889, *Los Indios Borinqueños*. En 1890, A. Pinart hace un primer estudio integral de los petroglifos antillanos. En 1891, el dominicano Alejandro Llenas publica, en París, su estudio «sobre un cráneo» ciguayo, y en 1892 aparece la famosa historia de Rodolfo Cronau (*América: Historia de sus Descubrimientos desde los Tiempos Primitivos hasta los más Modernos*), que por su difusión y porque había sido originalmente publicada en alemán, proporcionó gran interés sobre la arqueología de las Antillas.

Los finales del siglo XIX marcan también el tránsito hacia una nueva visión del proceso arqueológico. Es evidente que al predominio de la idea del coleccionismo como fuente de investigación se va a agregar la de la investigación sistemática. El período del siglo XIX que hemos visto, principalmente a partir de la segunda mitad del mismo, corresponde a una concepción generalmente colonial o de mentalidad colo-

nial en cuanto la investigación no respondía a la búsqueda de unos orígenes y de una necesidad de identificación cultural. La investigación, más bien —con raras excepciones—, se insertaba dentro de la idea de que la ciencia arqueológica era un aditamento más de la cultura. Un mecanismo de prestigio cultural.

A la mentalidad colonial dio paso la mentalidad nacional. *Cuba Primitiva*, un libro de Antonio Bachiller y Morales publicado en 1886, y los trabajos nacionalistas de Cayetano Coll y Toste en Puerto Rico (1894-1907) aparecen como vertientes ideológicas nuevas, en una búsqueda de raíces que coincide con la lucha de estas dos colonias españolas por su independencia de España todavía en los finales del XIX.

Es el momento en que se inicia o se acrecienta en las Antillas Mayores la política imperial de los Estados Unidos de América. Desde aproximadamente el año 1870 visitantes norteamericanos han recorrido las Antillas. En Santo Domingo —con la aprobación del presidente Buenaventura Baes— se inician las primeras investigaciones de la Smithsonian Institution, que en aquellos días estaba muy ligada a la política de expansión económica de los Estados Unidos.

Heye Foundation, de New York, también mira hacia las Antillas. *American Anthropologist*, revista especializada, fue un órgano importante de investigación, lo mismo que los boletines de Smithsonian Institution. En 1896, J. E. Duerdem, y en 1897, A. C. Haddon, en la *Revista del Instituto de Jamaica*, se refieren ya a los pobladores aborígenes con algunas notas sobre craneología indígena.

EL NUEVO SIGLO

La raíz de los estudios arqueológicos en el siglo XX hay que buscarla en la última década del siglo XIX. La valoración de ciertas investigaciones arqueológicas como son las de J. W. Fewkes a lo largo de la última década del siglo pasado nos hace afirmar que el primer logro de sistematización de la arqueología antillana se debió al tesón de este arqueólogo norteamericano. El primer estudio de objetos antillanos hecho por este autor se remonta a 1891, cuando publica Fewkes su estudio sobre camíes de Santo Domingo, durante épocas posteriores adquirió una importante formación arqueológica y excelente conocimiento de las fuentes históricas, que le llevaron, previa revisión de las más importantes colecciones ya citadas, al estudio básico que él denominó «The Aborigines of Porto Rico and Neighboring Islands (1903-1904)», Smithsonian Inst.

Numerosas son las publicaciones de Fewkes sobre las Antillas, que incluyen las primeras aproximaciones sistemáticas de Trinidad, Barbados, San Vicente y Granada. Sin embargo, las investigaciones de campo en las Antillas Menores son mínimas y poco importantes en

relación con el incentivo que tienen en este momento en las Antillas Mayores. Simultáneamente con los primeros trabajos de Fewkes publica E. Lacordaire (1903) un informe preliminar luego de un viaje arqueológico a las Antillas. De esta época es la obra de R. A. van Middeldyk, *History of Porto Rico*; comienzan a publicarse en Cuba y en el exterior los trabajos investigativos de Luis Montané (1906-1907), que habían sido iniciados en 1888. En 1907 publica Thomas Joyce un estudio sobre las antigüedades antillanas en el Museo Británico. Y para esta época se inician también los primeros trabajos sistemáticos de Theodore de Booy, quien toma como área de investigación las pequeñas Antillas, las islas adyacentes, aunque trabaja también en las grandes Antillas.

De Booy (1912) estudia por vez primera los remanentes indígenas de las Bahamas, lo mismo hace en Jamaica (1913), isla Margarita (Venezuela, 1916), Santo Domingo (1917), islas Vírgenes, Antillas Menores y Trinidad-Tobago (1917-19).

Como investigador de Booy completó algunas incursiones de C. W. Branca en Saint Kits (1907).

Sobre los años posteriores a 1915 se intensifica la investigación arqueológica más o menos sistemática en las Antillas Menores. J. Alden Mason trabaja por vez primera en el sitio de Capá, en Puerto Rico, y estudia en sus primeras actividades el complejo de plazas ceremoniales más importante del área antillana (1915). En Antillas Menores (Bonaire, Curazao y Aruba) se inician los trabajos de Joseeling de Jong; Thomas Joyce estudia las Bahamas y Huckerby estudia sitios de Granada y San Vicente. En Puerto Rico será importante la obra etnológica y arqueológica de Adolfo de Hostos.

Los investigadores de gabinete surgen como resultado de los hallazgos arqueológicos. Aunque numerosos investigadores extranjeros atestan ahora las playas antillanas —en islas cuyo origen cultural es plural, en las que dominan lenguas diversas e intereses diferentes—, el diletantismo se desarrolla y contribuye en parte a la destrucción de los lugares, tratando de recuperar el pasado.

Ciertamente no todos los investigadores extranjeros y locales eran verdaderos expertos. Muchos de ellos eran simples aventureros culturales. La mayoría saqueaba los sitios y nutría las colecciones europeas y norteamericanas. El caso de los investigadores del Museo del Indio Americano es típico. Heye Foundation posee, en Nueva York, los más importantes fondos arqueológicos antillanos en los Estados Unidos; museos de Alemania, Francia, España, Dinamarca, Suecia e Italia, presentan piezas antillanas bajo el concepto de obras de arte y dentro del capítulo de las rarezas de la prehistoria de los pueblos antillanos. Sin embargo, es justo señalar que muchos de estos investigadores produjeron una información que hoy puede considerarse básica para cualquier tipo de interpretación.

Este es el caso de Mark R. Harrington, arqueólogo de Heye Foundation, que laboró en las Antillas en el primer cuarto del siglo xx, y que puede considerarse como uno de los pioneros de la revisión prehistórica antillana y de la periodización de esa prehistoria. *Cuba Before Columbus*, de Harrington, traducida en 1935 al castellano bajo el cuidado del sabio cubano Fernando Ortiz, proporciona una información faunística, arqueológica y medioambiental, que es aún modelo para cualquier informe preliminar.

Las investigaciones de Harrington se desarrollaron en las provincias de Oriente y Pinar del Río, básicamente. A Harrington se le puede asignar el haber hecho la primera separación lógica y sistemática entre los períodos agrícolas y preagrícolas. Fue el primer arqueólogo que estableció una diferencia de culturas en Cuba y por extensión en las Antillas, estableciendo los patrones arcaicos de ocupación sus características, y dejando además una detallada documentación del tipo de asentamiento, el medioambiente, estadísticas del instrumental, planos y conclusiones preliminares bien sentadas. Según el arqueólogo e investigador cubano Ernesto Tabío (1968), el trabajo de Harrington constituyó el fundamento científico más logrado hasta entonces por las investigaciones prehistóricas en Cuba, «revolucionando los conceptos que se tenían sobre la materia» en aquel país. Harrington laboró en Cuba entre 1915 y 1919.

A partir de Harrington los trabajos en Cuba tuvieron notable interés. Los investigadores cubanos se agruparon en los años 40, y surgieron figuras importantes como lo fueron René Herrera Fritot, García Robiou, Felipe Pichardo Moya, precedido por investigadores como Juan Cosculluela. En la isla de Santo Domingo, el investigador norteamericano Herbert Krieger comenzó una labor de resumen similar a la ya lograda en los principios de siglo por Fewkes para Puerto Rico. Krieger publicó con el Museo Nacional de los Estados Unidos (Smithsonian Institution) sus investigaciones sobre la bahía de Samaná bajo el título *Archeological and Historical Investigations in Samará, Dominican Republic*. La edición es de 1929. En 1930 dio a conocer su estudio sobre los aborígenes de las isla Española; en el 1931 publicó estudios sobre cerámica indígena, pasando luego a Cuba, donde hace estudios sobre las culturas indígenas de Cuba, publicados también en Smithsonian Institution, en 1933. Se puede señalar que Krieger es una fuente moderna de la arqueología de las grandes antillas.

En las Antillas Menores, y principalmente en Trinidad, son importantes los estudios de J. A. Bullbrook, que se publican en los años 1949 y 1951. Hallazgos importantes llevados a cabo por George D. Howard en los comienzos de la década del 40, y publicados por la Universidad de Yale, comienzan a plantear una visión estilística ligada al área antillana. En los finales de la década del 30 y comienzos de la del 40, la Universidad de Yale toma interés por la arqueología de las Antillas.

Sin duda, va a ser este interés de los investigadores de Yale un importante paso para el establecimiento de correlaciones históricas importantes entre las islas y para el seguimiento de patrones estilísticos que harán posible una periodización del proceso de ocupación prehistórica. Entre los investigadores de Yale hay que mencionar a Cornelius Osgood, Froelich G. Rainey e Irving Rouse, quien a finales de los años 30 preparaba su tesis doctoral acerca del complejo panorama prehistórico de las Antillas, partiendo del sitio de Fort Liberté, en Haití. Rainey laboró en Puerto Rico, publicando, en 1940, su *Porto Rican Archaeology*, que era parte del *Scientific Survey of Porto Rico and the Virigins Islands*, llevado a cabo por la Academia de Ciencias de Nueva York, y en el que tomó parte también Irving Rouse. En 1941, este autor publicó sus excavaciones en Fort Liberté, Haití, con la Universidad de Yale. Osgood, que laboró con Yale en los años 40, fue un importante investigador; ya en 1942 publicó *The Ciboney Culture of Cayo Redondo, Cuba y Prehistoric Contact Between South America and the West Indies*. Sus excavaciones en Tocorón, Venezuela, publicadas por Yale en 1943, y sus estudios arqueológicos de la Guayana Británica, 1946, proporcionaron importante información para una posterior periodización de la arqueología del área.

Irving Ruse publicó en Yale, 1939, su tesis universitaria titulada *Prehistory in Haiti. A Study in Method*, habiendo publicado luego importantes trabajos sobre las culturas de Fort Liberté, Haití, la arqueología de Maniabon Hills, en Cuba, y toda una serie de trabajos sistemáticos sobre las Antillas que aportan más de 40 títulos de importancia.

Rouse, junto a J. M. Cruixent, inicia también en Venezuela una importante tarea científica como lo fue su *Arqueología de Venezuela*, publicada en 1960 por la Unión Panamericana en dos volúmenes, y en la cual se asientan las principales cronologías del área antillana y del Caribe, relacionándolas al través de series estilísticas.

Los trabajos de Rouse modificarán notablemente el concepto de la arqueología antillana, y su poderosa influencia se hará patente en el área. Su estudio de sitios del Orinoco como Barrancas y la elaboración de las series barrancoides, saladoides, para Venezuela, y su continuidad en las Antillas, son elementos importantes. La detección de nuevas series chicoide, ostionoide, mellacoide, partiendo de los sistemas decorativos y tomando los nombres de los sitios cabecera (Punta Ostiones, Boca Chica, Meillac), ha permitido iniciar el trazado de los aspectos cronológicos más importantes en las Antillas. Es a partir de sus trabajos en Cuba cuando las expresiones preagrícolas cubanas se denominan expresiones Cayo Redondo y expresión Guayabo Blanco, basándose en los aspectos investigativos de Osgood en Cuba.

Rouse utiliza, virtualmente, gran parte de la bibliografía sobre el área, incluyendo el libro de Sven Loven titulado *Origins of the Tainian*

Culture, labor de gabinete realizada por Loven y publicada por el Museo de Gotenburgo, de Suecia.

La labor de Rouse va a tener importante influencia en arqueólogos como Ricardo Alegría, quien establece para Puerto Rico los primeros asentamientos preagrícolas y materiales de contacto con Venezuela y otros puntos del área. Los primeros trabajos de Alegría datan de 1948, en la República Dominicana el investigador Emile de Boyrie de Moya, fundador, en 1947, del Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas, asume la metodología de Rouse, basada en modos y tipos cerámicos. Grupos de investigadores más profesionales, pero con tendencia al coleccionismo surgen en las Antillas Menores, animados por la gran labor del arqueólogo norteamericano Ripley Bullen, del Museo de Antropología de la Universidad de Florida, con sede en Gainesville.

La obra de Ripley y Adelaide Bullen para antillas menores abarca todas las Antillas, aunque en parte adopta la metodología cronológica de las series arqueológicas inaugurada por Rouse, su sistema de clasificación en tipos decorativos únicos resulta su aporte fundamental, aunque muchas veces crea confusión y dificultades de correlación.

Los Bullen (Ripley y Adelaide) trabajaron en Granada, San Vicente, Trinidad, Puerto Rico, Santa Lucía y las demás islas antillanas. En Santo Tomás, islas Vírgenes, Bullen y Sleight, de la Universidad de Florida, laboraron el yacimiento de Krum Bay, estableciendo sus características preagrícolas.

Siguiendo los patrones de investigación ya comunes a partir de las ideas de Rouse, en Cuba fueron importantes las investigaciones del grupo Guamá. Los trabajos espeleológicos iniciados en los años 40 por Antonio Núñez Jiménez, fueron de importancia vital para Cuba. Hay que mencionar la labor de investigación desplegada por Manuel Rivero de la Calle, pionero de la investigación antropofísica desde el punto de vista del trabajo de campo y laboratorio, la del propio Herrera Fritot, la de Felipe Martínez Arango, cuyos estudios sobre el sitio Damajayabo, en el oriente de Cuba, tienden a demostrar la posibilidad de que los aspectos cubanos arcaicos denominados *guayabo blanco* y *cayo redondo*, no fuesen en verdad aspectos totalmente separados, sino expresiones de un poblador típicamente recolector.

A partir de la Revolución Cubana, en 1959, la Academia de Ciencias de Cuba ha puesto empeño en el desarrollo de una actividad arqueológica dirigida. Los trabajos de investigación recientes de J. Koszłowski, de la Universidad de Cracovia sobre los sitios con sílex y sus fechados, arrojan nuevos datos sobre los grupos preagrícolas de las Antillas, y plantean la necesidad de revisión de ciertas tipologías. J. M. Guarach hace un gran esfuerzo científico en aras de estudios que hagan posible una revisión de los viejos conceptos tradicionales; Ernesto Tabiό labora con Estrella Rey en un nuevo texto, marxista, sobre la prehistoria de Cuba, que tiene gran difusión y aceptación; nuevos arqueólogos,

como Ramón Dacal, del Museo Montané de la Universidad de La Habana, plantean la revisión de los viejos conceptos y presentan evidencias de posibles ocupaciones tempranas con cerámica en Cuba; Milton Pino, Teurbe Tolón, Lourdes Domínguez y otros jóvenes cubanos contribuyen con las tendencias de una arqueología que abandona los cánones de Rouse, para buscar una interpretación más social, más ligada al proceso de producción que a las series y estilos.

En la República Dominicana, el proceso de una reinterpretación de la prehistoria de las Antillas a la luz de las corrientes dialécticas se produce con la influencia de Mario Sanoja e Iraida Vargas, y a partir de la creación del Museo del Hombre Dominicano, en 1973. A los viejos investigadores dominicanos se unen ahora nuevos científicos. El Museo entrena personal en Smithsonian y Arizona y México en aspectos como paleofauna, palinología, antropología física, etc. La Fundación García Arévalo, de origen privado y dirigida por el investigador arqueólogo Manuel García Arévalo, apoya la investigación y erige un importante museo con fondos para publicaciones y las investigaciones. La tendencia de una arqueología en términos de ciencia social en la República Dominicana se inicia con la obra *Medioambiente y Adaptación Humana en la Prehistoria de Santo Domingo*, en la cual su autor, M. Veloz Maggiolo, plantea una revisión de los esquemas tradicionales de clasificación, estableciendo la posibilidad de utilización de los modos de producción como mecanismos identificables con el concepto de tradición cultural lo mismo plantean Mario Sanoja e Iraida Vargas para Venezuela, en obra anterior a la de Veloz Maggiolo, titulada *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*, 1973. Esta tendencia marxista y social es la respuesta antillana a una arqueología sin interpretaciones y cansadamente basada en estilos y series. Las investigaciones de Luis Lumbreras en Perú y su libro *La Arqueología como Ciencia Social*, 1973, aportaron un método que no sólo produjo gran impacto en las Antillas, sino en el propio México, en donde investigadores como José Luis Lorenzo, Felipe Bate, Eduardo Matos Moctezuma y otros plantean ahora una revisión arqueológica a nivel dialéctico.

En la República Dominicana han laborado en esta tendencia arqueólogos e investigadores jóvenes como Renato Rímoli, Fernando Luna Calderón, Elpidio Ortega, José Guerrero y otros.

Diana López de Molina ha hecho estudios basados en la metodología citada en su trabajo de tesis doctoral sobre la isla de Vieques, en el que establece la necesidad de un estudio profundo del instrumental de producción, enfatizando que la decoración en los artefactos puede considerarse como parte de un proceso superestructural y que por tanto no puede producir resultados totales a nivel de interpretación social. Esta tendencia ha sido cada vez más importante; algunos investigadores jóvenes como Christopher Goodwin y A. Gus Pantel

han tomado parte del enfoque para sus investigaciones y publicaciones más recientes.

En el área de las Antillas Menores son importantes, como investigadores locales Edgar Clerc, Early Kirby, Desmond Nicholson, Fred Olsen, Alfredo Figueredo y G. Vescelius, quienes han hecho estudios completos de Islas Vírgenes, lo mismo que L. S. Robinson; en Martinica es importante señalar como arqueólogo de tendencia estructuralista a H. Petitjean Roget; han realizado también importantes trabajos de investigación Jacques Petitjean Roget y Mario Mattioni; Louis Allaire ha presentado, junto a I. Rouse, estudios cronológicos del área, y J. Davis, importantes investigaciones sobre la presencia de grupos preagrícolas en la isla de Antigua.

Peter O. Harris, de Trinidad, tiene importantes publicaciones sobre el período preagrícola en la isla.

Han sido fundamentales, sin dudas, los Congresos Precolombinos de Antillas Menores, que sistemáticamente se han celebrado cada dos años desde 1964. El interés por la investigación ha crecido, y en parte estos Congresos han sustituido a los congresos Municipales, en los cuales, a partir de los años 50, con reuniones en Cuba y la República Dominicana, se logró el primer contacto entre antillanos para estudios arqueológicos y prehistóricos. Vale señalar para entonces, en esos congresos, la presencia de Robert Pincho (1952), entusiasta investigador de la isla de Martinica.

En términos globales antillanos los más recientes aportes son los de Bernardo Vega, Dato Pagán Perdomo, Juan Ortiz Aguilú, Ovidio Dávila. Vega ha laborado en interpretación e informes de piezas y materiales rupestres, lo mismo que Pagán. Ortiz Aguilú ha llevado trabajos de campo en Puerto Rico y presentado información sobre arte rupestre, al igual que Dávila.

A partir de 1970 y bajo el liderazgo de los arqueólogos norteamericanos Betty J. Meggers y Clifford Evans, se han introducido importantes técnicas de investigación en parte de las Antillas Mayores. Smithsonian Institution ha desarrollado, a través de su Departamento de Antropología, una política liberal y amplia de gran responsabilidad y enorme sentido de colaboración, muy diferente a la llevada a cabo en los finales del siglo XIX y primer cuarto del presente siglo.

Esta política, encabezada por Meggers y Evans, quienes están ligados profundamente al estudio de la arqueología de las zonas tropicales y quienes habían trabajado en Dominica, Brasil, Ecuador, Guayana Británica, Venezuela y los propios Estados Unidos han unificado criterios en torno a las metodologías y cronologías basadas en el sistema Ford de Clasificación, cuyo autor, James Ford, fue a su vez maestro de los citados arqueólogos. El uso de una metodología similar por arqueólogos como Carlos Angulo, en Colombia; Olga Linares, en Panamá; Coe y Carlos Aguilar, en Centroamérica; Sanoja y Vargas, en Venezuela;

Veloz Maggiolo, en República Dominicana, así como otros investigadores en otras áreas, ha permitido una mayor tendencia a manejar modelos de interpretación sobre cronologías espaciales y estratigráficas antes difíciles.

Importantes reuniones realizadas por Sanoja y Vargas con arqueólogos dominicanos en 1975 y por Meggers y Evans con arqueólogos puertorriqueños en 1977, respondieron a la necesidad de unificar criterios clasificatorios para luego poder establecer criterios de interpretación.

En los momentos actuales la arqueología antillana tiende hacia una unificación de criterios, y predomina en la mayoría de los investigadores del área la idea de que es importante el establecimiento de prioridades de investigación determinantes de los patrones de asentamiento, relaciones de producción prehistóricas, posible organización social, instrumentos de producción, sistemas de apropiación y modelos de explotación medioambiental.

Las tendencias de un seguimiento de la arqueología por simples patrones decorativos, se enfrentan a la posición de que la prehistoria debe tender a ser cada vez más una ciencia social.

Las miras hacia una profesionalización y especialización del personal caracteriza a países como Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana. En Cuba esta tendencia, lo mismo que en la República Dominicana, es una actitud del Estado, lo que contrasta con Puerto Rico, en donde la actividad privada determina aún los modelos de investigación y las áreas de estudio.

Bajo la orientación de Kurt Fischer y de J. Romain, Haití ha iniciado los intentos de una arqueología científica. Estos autores e investigadores, que poseen la experiencia de los años 50, cuando un importante núcleo de investigadores haitianos estudió varios yacimientos, han laborado en importantes programas de intercambio científico con la República Dominicana *.

* Para una completa bibliografía de los trabajos, títulos y autores citados ver SUEB BADILLO, Jalil, *Bibliografía Antropológica para el Estudio de los Pueblos Indígenas en el Caribe*, Ediciones Fundación García Arévalo, Santo Domingo, 1977.